

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN

SURMENAGE

NO es una característica sólo de París, sino de todas las grandes ciudades, las grandes aglomeraciones humanas, pero como es aquí donde estamos y constatamos sus efectos, lo circunscribimos a esta gran ciudad. Habría que llevar estadísticas curiosas, como los efectos útiles o alimentos aún comestibles que se encuentran en los recipientes de basura, al borde de las puertas, para que los recoja el servicio municipal; la estadística de los viejos solteros que se sientan en los bancos de los parques; las de las estatuas más visitadas por las palomas, trágica visita por cierto: se ha descubierto que la deyección de las palomas contiene substancias que destruyen, que carcomen la piedra; y no pararíamos de contar cuántas y cuántas estadísticas habría que emprender.

Sin embargo, una estadística curiosa y urgente sería la de las personas que hablan solas en la calle, clasificándolas entre las que al hablar mueven los dedos, las manos, la cabeza. Los que hablan solos haciendo ademanes, serían los oradores y actores. Los que mueven la cabeza, los musicantes. Los que se acompañan con el dedo, los que se sientan en las calles, directores de orquesta. Sin entrar a más detalles y entrando de una vez al «surmenage», uno de los flagelos de la era moderna.

A los Insomnes, a los deprimidos, a los sobreexcitados, a los hipersecretadores gástricos, a los del dolor de cabeza permanente, ese dolor de cabeza que se vuelve un poco como la música de fondo del vivir de ciertas personas, a los perturbados del vago-simpático y del sistema vasocirculatorio, deben añadirse los

que en ese mundo de la calle, no se sabe si son maniáticos o locos, o bien simples víctimas del «surmenage», que debe agregarse como una plaga más a las siete que se padecieron en Egipto.

Acaba de hacerse una importante comunicación a la Academia de Medicina de París, en la que se divide a los «surmenés» en cuatro grandes categorías. Primero, los que adolecen del surmenage eufórico, por inclinación al optimista o por el ambiente en que se mueven: rodeados de teléfonos, timbres, dictáfonos, secretarías, los cuales, apenas abandonan su actividad, siéntense aburridos y deprimidos, hasta entrar en la zona de la peor melancolía. Este eufórico, fuera de su paraíso artificial, es un bagazo humano. Luego viene, en segundo lugar, el que padece de «surmenage» porque se siente esclavo de sus labores, por ese «time is money» (es triste decir «time is money», cuando existe el viejo refrán moro que dice: «el tiempo es polvo de oro, colmillos de elefante y plumas de avestruz»). Para este «surmené» del «time is money», todo su trabajo se hace para mantener su «standing». Fuera de esta actividad cruda, desenfrenada, al segundo, al minuto, todo le parece «hostezable», faltar de interés. Cubrir sus necesidades le obliga a estar en tren de no fallar ni un sólo momento en su actividad, que le usa y desgasta los nervios. El tercero de esta clasificación es el que se siente cansado por falta de organización, desorden que le mantiene siempre ahogado o al borde de ahogarse en... un vaso de agua. Y por último hay el que sufre el «surmenage» a pesar

suyo, como producto del mundo en que vive, mundo cargado, sobrecargado de ansiedades: el peligro de la bancarrota, de la agonía atómica, el exceso de mecanización, y los crímenes, y las drogas, y los impuestos, que también hay el «surmenage» impositivo.

Ante este cuadro, a iniciativa de médicos e instituciones, se ha fundado en Francia el primer Instituto de estudios de la prevención del «surmenage». Este instituto comprenderá secciones de neurología, cardiología, higiene general, social, higiene del trabajo, higiene mental, higiene del oído o lucha contra el ruido. Y ésta será una de las principales dependencias: el «Parque del Silencio», con mayúscula SILENCIO. Y si que sólo el enunciarlo deja la impresión, en el ánimo de los atormentados por el ruido, de un Paraíso Terrenal, de un paraíso sedante.

La facilidad con que se habla del «surmenage», como antes se hablaba de hipocondría, parece quitarle, restarle importancia. Por eso se debe también estar alerta. Una persona que por exceso de trabajo, o por estar expuesta a labores que desgastan los nervios, sufre de depresiones, angustias inexplicables y otros trastornos al parecer menores, puede caer fácilmente en el «surmenage» y de no ser tratada médicamente llegar hasta el suicidio. ¡Un alerta a tiempo evita tantas cosas!

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

TAMBIEN SE ACABAN

LOS ANIMALES DOMESTICOS

SE acaban los animales salvajes. De vez en cuando, los periódicos hablan del asunto: especies enteras se están extinguiendo. Cada día hay menos elefantes, menos águilas, menos cocodrilos, menos boas, menos ballenas, menos pumas, menos cuervos, menos camellos, menos hipopótamos, menos cigüeñas, menos... Me limito a citar bestias grandes o siniestras, que, a estas alturas, ya controlado el posible riesgo de una «ferocidad» alarmante, sólo tenían una significación decorativa y, desde luego, un valor de «presencia biológica» digna de los mejores aprecio. Pero la cosa todavía adquiere tonos más negros si nos referimos a bichos aparentemente subalternos, comestibles o no, molestos o simpáticos, desde el colibrí al mosquito, desde la fúlica a la anguila. Los técnicos aseguran que la situación comienza a ser penosa: se produce un desequilibrio en eso que ellos llaman «la Naturaleza», y lo que de tal perspectiva se deduce no es, en realidad, nada esperanzador. El hombre, «rey de la Creación» —todavía no tanto, creo yo: digamos, en lugar de «rey», «director general» o «gobernador civil»—, ha ido demasiado lejos en el ejercicio de su poder. Un poco por incuria, un poco por safaris, un poco por la alegría inicial del DDT, hemos provocado unas hecatombes superiores a lo que aconsejaba un ecuánime sentido de la autodefensa. La culpa es nuestra.

Y lo curioso es que también se acaban los animales domésticos.

No me detendré a precisar la distinción: «salvajes», «domésticos». Supongo que todo animal, en el momento del Génesis, y valga la referencia, era «salvaje»: libre, o sea, abandonado a su destino. No estoy muy ducho en Historia Sagrada, pero me parece que fue el sacrificado Abel quien domeño —«dominó», «domesticó», en última instancia— la primera porción pecuaria que pudo exhibir, frente a la posteridad, el nombre de «rebaño». Puede que Caín, el labriego, redujese igualmente algún bruto, para que le ayudase en el oficio: nunca se sabe. Hubo un pistoresco catedrático de la Universidad de Valencia —ignoro si continúa en la plantilla— que afirmaba con toda seriedad, y en monografías, que el perro fue «domesticado» durante el Paleolítico Inferior precisamente en Catarroja, o quizás en Russafa. A mí, este tipo de conjeturas me hacen mucha gracia: contribuyen a que uno pase el rato con relativa amenidad. En todo caso, hemos de aceptar que fue en el seno de la familia de Adán

y Eva donde comenzó lo de los «animales domésticos». De entrada, y a escala occidental, podríamos definirlos como aquellos animales que el hombre ha conseguido aplicar a su servicio directo: las gallinas, el cerdo, el asno —«l'ase resignat», decía Sagarra en un verso, y el adjetivo es precioso—, el gato, la vaca, el pato, y todo eso. Es la fauna del alimento y del trabajo, transporte incluido. Durante milenios, la humanidad ha ido tirando gracias a su parque de alimañas sometidas. Ni siquiera cuando descubrió las leyes fundamentales de la física —el secreto de las máquinas primeras— prescindió de la colaboración animal. Los griegos de la época de Euclides, de Aristóteles, de tantos conspicuos sabios, desdeñaron inventar la bicicleta. Fue un grave error. Habríamos ganado mucho tiempo si la «gauche divine» de la Hélide hubiese preferido la mecánica a la esclavitud, es decir, al «animal doméstico». La vida es así de estúpida...

Con los «animales domésticos», el hombre salió adelante: comió, aró, hizo girar las norias, pudo ir de un lado a otro en sus carromatos, se divirtió, practicó el cariño. No digo que «se lo pasó en grande», porque sería una exageración ominosa; pero el provecho fue enorme. No tanto, por supuesto, como si hubiera utilizado sus recursos teóricos en aplicaciones técnicas. Corrió el tiempo, y por fin, la «ciencia» —o la «mecánica»— rompió el hielo. Sin prisas y sin pausas, la máquina tendió a desplazar al animal. Ahora asistimos al episodio final de la peripecia. Los que provenimos del mundo rural y disfrutamos de una edad discretamente elevada, hemos presenciado la casi abolición del caballo de labor, del buey de yugo, del pollo de corral, de los perros vigilantes, de los gallos dispuestos hipotéticamente a cazar ratones, de la mula de tiro, de la vaca y del tocino con mediana franquicia par nutrir a las familias... La máquina ha desplazado a las bestias, en cuanto al esfuerzo suplementario; y los trucos de la química procuran suplir las gloriosas eficacias —palatales y metabólicas— de las carnes tradicionales. Ya se anuncian filetes «fabricados» con subproductos del petróleo, por ejemplo. No tengo nada que objetar, a condición de que sean baratos... El fondo de la cuestión es diáfano: el «animal doméstico» fundamentalmente «útil», pierde terreno. Nuestra pasión de la «utilidad» —o la despreciosos, ¡jalto!— nos lleva a eso. La gente de hoy ha prescindido de todo contacto «real» con los animales: con los domésti-

cos, en primer lugar. Un chico de Nueva York o de Moscú, de Berlín, de Tokio, y hasta quizá de Barcelona, sólo ha visto una gallina viva en el zoo o en la tele. En el futuro superindustrializado, el caballo o la ardilla sobrevivirán en una «reserva»: en una forma u otra de «acuario». Para ser vistos.

Una parte de los antiguos «animales domésticos» —los «útiles»— tendrán ese fin: la simple exposición, didáctica o entretenida. Más o menos, como si dispusiéramos ahora de un diplodocus o de un megaterio vivos. Serán fósiles palpables. Otro sector, más importante, está sufriendo una prodigiosa mutación: de «domésticos», los convierten en «objetos». Son los animales industrializados: «confeccionados» en granjas o viveros, sean pollastres o truchas, o «estabulados», como las vacas y los puercos. Son productos de consumo, que se manipulan como Dios quiere, y aún hay que agradecerlo, porque, si no crecen, por lo menos se multiplican, y, puestos en el mercado, facilitan la dieta cotidiana del vecindario. Eso progresará, siempre que los resultados de laboratorio no resuelvan la papeleta. Mientras no se difundan los bistecs derivados de la petroquímica, las manufacturas «animales» serán imprescindibles. El pollo cebado con harina de pescado, los huevos de procedencia abstracta, langostinos y salmones de fabricación experta, conservas y congelaciones eficientes, satisfacen la necesidad apremiante del consumo, o del «consumismo». Entre eso y el hambre, las muchedumbres se apuntan a eso... Y queda un tercer renglón de semovientes: los últimos verdaderos «animales domésticos».

El perro y el gato, claro. Y el periquito, y el «hamster», y los peces rojos. Quiero decir: el bestiaro de lujo. «Domésticos» eran, antaño, el halcón y el lebré, pongo por caso. Pero en función de la caza. Hablo de la Edad Media y de algún siglo posterior. Luego, entre el XVIII y el XIX, la «domesticidad» de algunos animales se hizo más desinteresada. En una área de habaneras y de otros residuos coloniales, ¿no fue el loro, por no invocar al macaco, un lujo delicadamente emotivo? Fijémosnos en la nomenclatura: el pekinés, el gato de Angora, el canario. Pienso que se podría alargar indefinidamente la lista. Europa, la Europa fuerte, imperialista, que todavía no sospechaba su triste fatalidad de «mercado común», se entretenía con estas besteuelas superfluas. El «lujo» se prolonga. Y no mucho. Es poca la gente que se

puede dar el gusto de tener consigo los «animales domésticos» tolerables. Un perro cuesta muy caro de mantener. Y un gato corre el peligro de estar prohibido por el contrato de arrendamiento de más de un piso urbano. Y el mismísimo jilguero... Sólo las personas pudientes tienen «animales domésticos». Las personas no pudientes, dicho sea de paso, se contentan con lo que cae: excepciones que confirman la regla.

En un piso de ciudad, ya me dirán ustedes qué «animal doméstico» se puede criar. En una acepción muy amplia de la fórmula, cabría decir que sólo los hijos del matrimonio. Pero ni tan sólo eso. A los niños, los crían en el parvulario y en los demás establecimientos del ramo. A lo sumo, en un rincón, la pecera sirve de alivio. Lo he observado en casas de amigos. Cuando no se puede pagar la manutención de un perro o de un —imaginemos el «status» de bolsillos egregios— leopardo, una pequeña urna con cuatro algas y un poco de arena permite disponer de dos o tres peces de colores. La jaula popular, con cualquier avecica policroma o canora, sigue funcionando. Pero un pájaro encarcelado, por gorgoraje que sea, siempre produce un no sé qué angustioso... La moda del «hamster» es beneficiosa: el vecindario, seducido por la inanimidad de estos roedores, quizá llegue a perder su pánico a ratas y ratones. Últimamente, me han explicado que, si en estos pagos no ha vuelto la «peste negra» —plaga tremenda—, se debe a la invasión de esas ratas grises que tanto asco nos dan. Millones de ratas grises vinieron del Asia —esas que van y vienen por las alcantarillas y por las marjales— y vencieron a las ratas negras del morbo letal. Desde que me he enterado de eso, he cambiado de opinión acerca de las ratas y los ratones. Mi repugnancia es rutinaria. Pero los nenes actuales, educados con un «hamster», abandonarán una empuñada superstición. Cuando las señoras gritan ante un ratoncillo de tebeo de Walt Disney, pesa sobre ellas el espectro de la peste negra. ¡Seguro!...

Y lo más escandaloso del problema es que, en el fondo, el «animal doméstico» indiscutible, impertinente, tristísimamente obvio, somos usted —lector y lectora— y yo, en nuestros respectivos domicilios... A ratos, lo reconozco; «mi» animal doméstico soy yo...

Joan FUSTER

GAÑE 3.700 PTAS. EN TRES HORAS

Movilice sus ahorros y hágalos producir más. Ud., puede conseguir 3.700 Ptas. semanales con sólo dedicar tres horas de su tiempo libre a la semana en un negocio sólido que ofrece máxima seguridad y garantías.

PARTICIPACIÓN MÍNIMA 160.000 PTAS.

RECUPERACIÓN Y PLUSVALÍA A LOS SEIS MESES - BENEFICIOS SEMANALES - CONTROL DIRECTO DE SU DINERO.

Ud., reinvertirá y aconsejará a sus amistades que participen en este negocio por ser rentable, serio y fácil de dirigir. Dadas sus características Ud., se relacionará con importantes entidades.

NO SON VENTAS, CRÍAS O FRANQUICIA

Por ser una oportunidad limitada a unas cuantas personas, serán numeradas las respuestas y atendidas por riguroso orden de recepción.

Escriba hoy mismo o mande este cupón y le informaremos sobre lo que debe hacer:

NEW SYSTEMS DE ESPAÑA, S. A. P.º San Juan, 97. Barcelona-9

Don _____ Domicilio _____

Localidad _____ Provincia _____

Tel. _____

EQUIPOS PARA TINTORERIAS



LEISTON PARA LIMPIEZA EN SECO CON R.13

INFORMESE LAVA-EXPRESS SA

TORRE VELEZ, 31 - TEL. 255 88 09 BARCELONA-13

LAVADORA SUPERAUTOMATICA

PERPIÑÁ

Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4, 6 y 8

1ª marca - 5 kilos - Garantizada

SOLO 7.777 PTAS.

16 programas de lavado

más barata NO la encontrará